

Mimmi Kass

En cuerpo y alma I

Radiografía del deseo



El retorno

El vagón del metro estaba casi vacío. En pleno enero, al inicio de las vacaciones de verano, el barrio residencial en el que vivía se libraba del ajetreo de los niños que acudían al colegio, del caos del tráfico y las aglomeraciones en hora punta.

Inés retorció las manos, nerviosa, mientras esperaba con impaciencia su parada. Era muy temprano, pero prefería llegar con tiempo.

A medida que se acercaba al corazón financiero de la ciudad, el vagón se fue llenando y la actividad aumentó. Ejecutivos con maletines y computadores, mujeres bien vestidas y unos pocos turistas con cara de sueño se bajaron con ella en la estación Tobalaba.

Alzó la mirada hacia los edificios de acero y cristal del World Trade Center de Santiago. Un nombre un poco presuntuoso, pero el aspecto de Sanhattan esa mañana era espectacular. El smog había desaparecido y la cordillera de los Andes, aún nevada, se reflejaba en los rascacielos, proyectando una imagen irreal. La capital de Chile podía ser una ciudad hostil, pero, en mañanas como aquella, también era muy bella.

¿Le daría tiempo de tomarse un café en el Starbucks? Volvió a consultar su reloj y, tras un momento de duda, se dirigió hacia allá.

No llegó muy lejos.

Un grito de socorro desgarrador, agudo y desesperado atenazó su pecho y generó una descarga de adrenalina.

Echó a correr con sus tacones, ignorando el dolor en sus pies, hacia el grupo de personas que ya se aglomeraba junto a la salida del metro. La llamada de auxilio activó el impulso visceral, tan enraizado en ella, de *hacer algo*. Lo que fuera.

—¡¡Ayuda, por favor!! —la mujer ya no gritaba, solo sollozaba con impotencia junto al cuerpo inerte de un hombre. Inés se abrió paso a empujones hasta arrodillarse junto a ella, ignorando las sugerencias absurdas que lanzaban los peatones.

—¿Qué pasó? ¿Se golpeó la cabeza?

Examinó con destreza sus vías aéreas. Mierda. No respiraba. Le buscó el pulso en la muñeca mientras el latido de su propio corazón se desbo-caba al no encontrarlo. Mejor en la carótida, más fácil. El hombre era inmenso y eso dificultaba su trabajo. Le calculó unos ciento cincuenta kilos. No tenía latidos.

—No, ¡no sé! Se quejó de que no podía respirar al subir la escalera. Le pasa mucho —sollozó la mujer—. Soltó un grito de dolor y se desplomó. Fue apenas en un minuto.

«Un infarto. Seguro». Inés ya había iniciado compresiones en el tórax del hombre. Bloqueó los codos y comenzó la cuenta mental. Un silencio ominoso le erizó la piel.

—¡Que alguien llame a una ambulancia! —gritó, con su voz aguda y femenina.

Aquello pareció despertar del letargo a la gente que la agobiaba con sus buenas intenciones, y varios celulares volaron de bolsillos y bolsos. Alguien empezó a abanicar la cara del hombre con unas hojas de diario, e Inés apretó los dientes. ¿Acaso no se daban cuenta de que la estorbaban?

«Hay que subirle las piernas»; «Hay que echarle agua fría en la cara para que reaccione»; «Seguro que es epilepsia». Las elucubraciones la sacaban de quicio, y además, empezaba a cansarse. Sentía correr el sudor entre sus pechos, el pelo se escapaba de su moño y se le pegaba a las sienes, y las rodillas desnudas sobre el cemento la estaban matando de dolor. Su irritación se disparó cuando una mano masculina la aferró con fuerza del brazo para levantarla.

—¡Soy médico, idiota! —resopló, manteniendo infatigable el ritmo de la reanimación. La gente no solía tomarla en serio por su aspecto frágil y delicado. Estaba harta.

—Yo también. Estás agotada. Deja que te releve.

Inés se volvió, intrigada al instante por el acento ronco del hombre que la sujetaba del brazo. Se encontró con unos ojos azules, acerados, y una mirada glacial que no admitía réplicas. Dudó un instante y asintió.

—Sí. De acuerdo. Está bien —contestó, nerviosa.

No se levantó. Se apartó lo justo para dejarle espacio al desconocido, quien se arrodilló junto a ella para sustituirla en el masaje cardíaco, sin perder el ritmo y con mayor intensidad. Inés no pudo evitar fijarse en los antebrazos bien torneados y en las manos fuertes durante unos segundos, pero sacudió la cabeza y se enfocó en lo que debía hacer. No le hacía ninguna gracia, pero apretó la nariz del hombre entre el pulgar y el índice, selló con la boca sus labios entreabiertos y exangües, e insufló aire con fuerza.

Era un trabajo mecánico. Treinta compresiones, dos insuflaciones. Treinta compresiones, dos insuflaciones. Perdió la cuenta de las veces que repitieron la operación. Ya no escuchaba las conversaciones preocupadas de las personas a su alrededor, y ni siquiera sentía el dolor de las rodillas. Suspiró aliviada cuando el hombre boqueó un par de veces, todavía inconsciente.

El sonido de la sirena de una ambulancia, que reclamaba espacio para acercarse, la sacó de su trance.

—Ya era hora —gruñó el desconocido a su lado.

Inés lo miró con atención por primera vez. ¿Un vikingo? No. El Dios del Trueno encarnado se puso de pie y se estiró para librarse del

entumecimiento por el esfuerzo. Inés se dio el gusto de recorrer con la mirada toda su altura, hasta llegar a los labios, que exhibían un rictus despotista, y a los ojos azules. La visión del pelo rubio, en un corte desigual hasta rozar la mandíbula, le generó un calor extraño en la punta de los dedos.

«El largo perfecto para agarrar mientras tienes sexo», pensó, apreciativa.

Agitó la cabeza para deshacerse del impulso de hundir las manos en su cuero cabelludo. Estaba loca. ¿Acababan de reanimar a un tipo en plena calle y lo primero que pensaba en eso? Sentía que su libido empezaba a despertar luego de un buen periodo de sequía debido al estrés y la vorágine de los últimos dos meses.

El paramédico de la Unidad Coronaria Móvil se dirigió a ella para hacerle las preguntas de rigor, y el vikingo desapareció entre la multitud tras murmurar una despedida rápida.

Inés ayudó a acomodar al hombre en la camilla junto con otros voluntarios, y consoló como pudo a la mujer, quien se subió en la ambulancia deshecha en lágrimas. Con la misma celeridad con que se había montado, el circo callejero se disolvió como por arte de magia y se encontró sola frente a la boca del metro.

Era hora de efectuar control de daños: rehízo su moño como pudo, se secó el sudor del escote y la cara con su chaleco de hilo, y se frotó las rodillas. Mierda. Se le habían roto las medias. Al menos nadie le había robado el bolso.

—¡Por la mierda! —dijo en voz alta al echarle un vistazo a su reloj. Llegaba tarde a la visita de la UCI. Genial. Empezaba su primer día de subspecialización en cardiología infantil entrando por la puerta grande.

La entrada principal del Hospital San Lucas quedaba a unos pocos metros. Unos diez años atrás, un *holding* americano había comprado los terrenos del antiguo Hospital Militar para derribarlo y construirlo desde cero. Ahora, una mole triangular de hormigón y cristal, con un patio interior, aprovechaba hasta el último metro cuadrado en el corazón de la comuna de Providencia. También alojaba la Facultad de Medicina de la Universidad Internacional.

Después de estudiar la carrera y especializarse en pediatría, Inés había pasado un año en Estados Unidos, pero ahora estaba de vuelta en casa: ella y el San Lucas se volvían a encontrar.

Subió la escalera con rapidez, invadida por los recuerdos. El *hall* de entrada, con sus suelos de mármol blanco y el aspecto formal y elegante que caracterizaba a todo el hospital, la recibió como si jamás se hubiera marchado.

Primera parada: la Unidad del Corazón Infantil. Se animó con la perspectiva de ver al viejo Hoyos; gran parte de su amor por la cardiología venía de su carismático tutor.

Una vez en el ascensor se quitó las medias rotas en tiempo récord, en un alarde de acróbata circense. Sacó la bata de su enorme bolso, se la puso mientras llegaba al tercer piso y se colgó el estetoscopio al cuello.

Al salir al pasillo abrió la boca, desconcertada. ¡No habían perdido el tiempo con la remodelación! Ahora, una gran placa de metacrilato, con un moderno logo de un corazón con dos niños de la mano, presidía la nómina de médicos de la Unidad del Corazón Infantil. Su nombre también estaba allí y no pudo evitar sonreír, ilusionada, al descubrirlo.

Atravesó la sala de espera, aún poco concurrida, y se dirigió a la zona de oficinas. El sonido inconfundible del ventilador de un ecocardiógrafo, mezclado con las voces de una película infantil, se colaba por la puerta entreabierta de una de las consultas. Olía a pintura, a plástico recién estrenado, a desinfectante. Todo estaba impregnado del aroma a nuevo e Inés sintió la emoción aletear en su pecho.

Empujó la pesada puerta de cristal troquelado que separaba el área de consultas de la zona de oficinas. La del jefe estaba donde siempre, a pesar de todos los cambios, y entró con determinación.

—¡Buenos días, doctor Hoyos! —saludó con alegría.

Al verlo, se le encogió el corazón.

En un año, parecía haber envejecido diez. Su pelo, antes entrecano, estaba ahora totalmente blanco. Había perdido peso, y un fino temblor se apreciaba en sus manos. ¿Estaría enfermo? Su piel parecía pergamino.

—¡Inés! —exclamó, levantándose con torpeza—. ¡Has vuelto! —la saludó con unos golpecitos cariñosos en el brazo; su marca de fábrica.

—Me alegro de estar aquí, ¡por fin! —respondió ella, sonriente. Se sentó en el sillón al otro lado del escritorio tras su indicación silenciosa.

—Cuéntame, ¿qué tal la aventura americana?

Al ver que no conseguía la beca en cardiología infantil cuando terminó pediatría, Inés se vio perdida. Había pecado de soberbia y no postuló a ningún otro hospital, segura de que quedaría en el San Lucas, pero tras la entrevista personal seleccionaron a otra persona. Aún se preguntaba qué era lo que había salido mal.

Recordó con angustia la incertidumbre de aquellos días. Al final, animada por Daniel, su mejor amigo, y por el mismo doctor Hoyos, solicitó una pasantía en la Clínica Mayo de Rochester, en su Unidad de Cardiopatías Congénitas, para profundizar sus conocimientos en cardío.

Presentó de nuevo su solicitud al San Lucas sin ninguna esperanza, y la noticia de que había sido seleccionada le llegó justo después de Año

Nuevo. Estaban a siete de enero. Desde luego, no había tenido mucho tiempo para asimilarlo.

Inés pensaba todo esto en segundo plano, mientras resumía con detalle a su tutor su último año en Estados Unidos. Hoyos asentía, escuchando con atención.

—...he aprendido muchísimo —Inés se detuvo unos segundos para recuperar el aliento—, pero también tenía claro que quería volver. He echado de menos el San Lucas —explicó, sonriendo ante la expresión cálida y afable del viejo cardiólogo.

—Muy bien, no sabes cuánto me alegro. Vamos a repasar la planificación de tus dos años con nosotros, y veamos de cuánto trabajo me puedes liberar.

Se sumergieron en rotaciones, pasantías y negociaciones de cuánto tiempo permanecería en cada una de ellas. No se podía quejar: su tutor había preparado para ella un programa formativo muy completo. Estaba tan enfrascada en la conversación, que no escuchó los golpes en la puerta. Guarida, el jefe de Cardiocirugía, irrumpió en la oficina e Inés pegó un salto en la silla.

—¡Abel, tenemos que hablar! —rugió— ¡La situación se está volviendo insostenible!

Su tutor se quitó las gafas y se frotó el puente de la nariz en un gesto de derrota. Inés enarcó las cejas, sorprendida. Era inusual ver a Guarida así, enojado y gesticulando, cuando su temperamento en general era amable y bonachón. Debía de estar muy aburrido.

—Hernán... Sé que estás presionado, pero estoy atado de pies y manos por la gerencia del hospital. —Inés se tensó. ¿La Unidad tenía problemas? Acababan de reformarla, haciendo una inversión muy importante. Era la niña bonita del San Lucas—. Tendrás que arreglarte con lo que hay.

—¡No puedo cargar más de trabajo a Erik! —respondió Guarida, blandiendo en su mano el calendario de turnos de cirugía— Necesitamos otro cardiocirujano en la unidad. ¡Ya mismo!

Inés se hundió en la butaca para intentar pasar desapercibida. Las chispas saltaban en el ambiente. Guarida, alto y corpulento, con un ímpetu arrollador, y Hoyos, enjuto, serio e implacable. Unos golpes decididos rompieron el momento de tensión y la puerta se abrió de nuevo. Los ojos de Inés se abrieron como platos por la sorpresa y se aferró a los apoyabrazos. El vikingo. ¡Era el vikingo! No pareció reconocerla vestida con la bata, pero ella no pudo evitar pensar en lo bien que se le veía el azul marino del uniforme del quirófano. Inés acarició en sus pensamientos esos brazos torneados y detuvo la mirada en sus manos. Grandes, fuertes, con venas prominentes. Si era cardiocirujano, seguro que también tenía destrezas para otras cosas...

—Buenos días. Vengo a revisar el calendario. Tengo quince turnos de llamada este mes. Tiene que haber un error —explicó con precaución, dirigiéndose a sus superiores.

Inés salió de su ensoñación y dedujo con rapidez que él era Erik, del que hablaban. Recordó las palabras de su amigo Daniel, residente de cardiocirugía: una de las viejas glorias se había jubilado por fin y en su lugar habían contratado a un extranjero. Mientras discutían sin prestarle atención, pudo estudiarlo sin disimulo.

Era alto y fornido, se podía intuir un cuerpo bien esculpido bajo el uniforme de quirófano y sus movimientos eran elegantes y contenidos. Evocaba la imagen de un tigre. Llevaba la melena rubia recogida y se podía apreciar mejor su mandíbula marcada y la boca de labios finos, pero perversos. Verlos en movimiento la hizo preguntarse cómo se sentirían contra su piel. Y sus ojos... tenían una particular forma rasgada que le otorgaban cierta dulzura al azul glacial de su mirada. Su hablar pausado era correcto, pero con un fuerte acento imposible de ignorar. Una punzada de deseo mezclada con curiosidad la estremeció, pillándola por sorpresa, y soltó el aire que retenía de manera inconsciente en una lenta exhalación. La voz de su tutor la sacó de su ensoñación.

—Este mes tendrá que ser así, doctor Thoresen —replicó Hoyos, desabrido—. La junta directiva no ha aprobado nuevas contrataciones para el verano.

El vikingo se volvió hacia su jefe directo.

—Quince turnos de llamada. Más los lunes en la UCI Coronaria.

No añadió nada más, pero su mirada acerada produjo en Inés un escalofrío. Irradiaba ira contenida. Tenía toda la pinta de que era conveniente no meterse con él.

—Es solo por este mes, Erik —intentó aplacarlo Guarida—. En febrero las cosas van a cambiar.

—Eso me dijeron en diciembre. Cancelé mis vacaciones en Noruega para cubrir las necesidades del Servicio en Navidad.

Inés se encogió todavía más. Algo en su tono de voz, una fuerza irresistible, le hizo sentir de manera irracional que ella era la culpable de todos sus males. Se revolvió, incómoda, atrayendo la atención de los tres hombres, y su tutor se volvió hacia ella con expresión disgustada.

—Inés... doctora Morán, disculpe la interrupción.

—No pasa nada —respondió, queriendo desaparecer cuando el vikingo posó sus ojos en ella y derriéndose a continuación cuando su boca le regaló una amplia sonrisa.

—Volvemos a encontrarnos. ¿Trabajas en este hospital? —preguntó con auténtica curiosidad.

Inés le devolvió el gesto, cargando su boca de sensualidad; sabía que tenía cierto poder sobre el género masculino. Pero entonces recordó con

claridad el «¡Soy médico, idiota!» que le soltó cuando intentó ayudarla, y su sonrisa se tambaleó.

—Doctor Thoresen, esta es la doctora Inés Morán Vivanco, nuestra nueva residente de Cardiología Infantil... ¿Entiendo que se conocen? —preguntó su tutor con extrañeza.

Inés recuperó parte de su resolución y se levantó para estrechar con decisión la mano extendida.

—No. No nos conocemos. Encantada, doctor Thoresen.

—Lámame Erik.

La sonrisa de apreciación seguía brillando en los ojos azules; Inés maldijo el aspecto de su pelo y prefirió ni pensar en el estado de su maquillaje.

—Bueno —cortó su tutor, mirando su reloj—. Llego tarde a la consulta. Ya hablaremos de esto.

Le hizo un gesto a Inés para que lo siguiera, y ella se despidió de los cirujanos dedicándole una última mirada a Erik Thoresen antes de salir de la oficina.

Erik suspiró con resignación y emprendió el camino de vuelta hacia el quirófano, pero se detuvo en seco ante la llamada de su jefe.

—Un momento, doctor Thoresen. He visto cómo miraba a la residente —dijo Guarida, endureciendo el tono para emplear el tratamiento de «usted» con intención—. No tengo que recordarle que pesa sobre usted una amonestación, con un sumario por escándalo, ¿verdad?

Erik palideció, eso sí que no se lo esperaba y apretó los labios en una línea para esconder su irritación.

—Soy bien consciente —contestó, cortante.

—Eso espero. Por su propio bien y el de este servicio, más vale que mantenga sus pantalones puestos dentro de este hospital.

Inés se despidió de su tutor y dedicó el resto de la mañana a los múltiples trámites administrativos para formalizar su inicio en el San Lucas: firmar el contrato, obtener la credencial de acceso a las zonas restringidas, recoger los uniformes de quirófano, las batas y los zuecos reglamentarios, que no tenía intención de usar, y conseguir las llaves de uno de los *lockers* que ofrecía el hospital a sus empleados.

Un poco antes de la hora de almorzar, se encaminó a la oficina de la UCI pediátrica. Tocaba la temida reunión de inicio de año para distribuir los turnos con el resto de los residentes de subespecialización.

Una algarabía de voces airadas la avisó de lo que ya se esperaba: aquellas reuniones solían terminar en batalla campal, cada uno abogaba por sus propios intereses y las negociaciones eran interminables. Inés sonrió a algunos de sus antiguos compañeros, pero se dedicó a prestar atención a las palabras de la jefa de Residentes, que señalaba la pantalla donde se proyectaba una diapositiva con la planilla de turnos.

Inés buscó su apellido y sonrió: le tocaba el jueves. Era un turno excelente, porque alargaba el fin de semana unas horas. Pero una voz masculina se alzó de entre las discusiones.

—Viviana, yo no puedo tener turno el martes. Los miércoles hay endoscopias, y como sabes, es el campo en el que me estoy formando.

—Muy bien, entonces pasarás al lunes —comentó la jefa, modificando la planilla en su iPad por enésima vez.

—El turno del lunes que se lo den a uno de primero. Cámbiamela por la del jueves. Morán es de primero, ¿no? Pues me quedo con su turno del jueves.

Inés intervino, sin esconder su indignación.

—¿Y qué tiene que sea de primero? Los jueves hay quirófano cardíaco, es importante para mi formación asistir a los niños en el postoperatorio inmediato.

—La jerarquía es la jerarquía. Me quedo con su puesto del jueves, y que la novata pase al turno de los lunes —dijo el tipo, sin siquiera molestarse en mirarla.

—De acuerdo —dijo la jefa, sin discutir.

Inés no lo podía creer, pero si pensaban que se iba a quedar callada, estaban muy equivocados.

—¿Quién es Yáñez? Que me cambie el turno del miércoles, que también hay cardiocirugías.

La jefa de residentes sonrió con afectación.

—Lo siento, soy yo. No sé si lo sabes, pero además de jefa de residentes, soy tu superior.

Qué suerte. Tenía de residente mayor a una bruja déspota.

Inés asistió al resto de la discusión sin poder hacer nada por cambiar su turno. Cuando recibió el calendario final, se le cayó el alma a los pies. Su nombre quedaba confirmado junto a un tal Marcos López en el «turno lunes» y sabía perfectamente que empezar la semana de turno era un verdadero asco.

Llegó tarde a su pequeño departamento, agotada. Eran cerca de las siete. Caminó esquivando las cajas de la mudanza aún selladas y abrió los amplios ventanales del salón, dejando entrar el frescor del atardecer. Con una sonrisa, contempló su pequeño reino.

Se trataba de un moderno departamento de dos habitaciones en el centro de Providencia, con vista a la Plaza Las Lilas. No era demasiado grande, pero sí luminoso y acogedor. Desde el pasillo, que hacía las veces de vestíbulo, se entraba a la habitación de invitados y, del otro lado, a un pequeño baño. Después, seguía la entrada a la cocina, que se comunicaba con el *living*, a través de una cocina americana.

Sonrió al recordar cómo ella y su madre habían elegido la decoración de lo que consideraba el centro neurálgico de su hogar. Los muebles de

la cocina eran del mismo color blanco de las puertas y estaba muy bien equipada. Tenía muchas ganas de poner a prueba el horno repostero.

El *hall* se abría directamente al *living*, en una entrada con forma de arco. No tenía demasiados muebles: una mesa de comedor con cuatro sillas, un coqueto escritorio de madera y dos sofás bajos, cómodos y muy coloridos. Frente a ellos, una mesa auxiliar y, en la pared, un mueble ligero con su televisión de plasma, múltiples fotos, CD's y muchos libros.

Abrió también la ventana de su habitación. Su entrada, una puerta corredera oculta en la pared, daba paso a la *suite*, con un pequeño *walking closet* desde donde accedía al baño. Era una distribución peculiar, pero aprovechaba mejor el espacio. Una cama de dos plazas, con veladores blancos de estilo provenzal y una cómoda con una pequeña televisión completaban el conjunto.

Le encantaba, aunque no había pasado allí ni una semana antes de marcharse a Estados Unidos y aún no lo sentía su hogar, pero pensaba cambiar eso rápidamente.